

se lleva todo lo bueno con que en nosotros topa, como la cantó su entrañable León de Greiff, él seguía hilvanando el cuento infinito de nuestra memoria histórica. Sus recuerdos son los más diáfanos y precisos y sólo el calor de sus palabras nos restituyen caras que el tiempo implacable ha desdibujado con saña.

Allí están las figuras colombianas, de José Asunción Silva a Jorge Isaacs, cuya biblioteca, por cierto, también forma parte de los Fondos Especiales de la Biblioteca Nacional, donada por sus familiares en 1938. De Porfirio Barba Jacob a Gonzalo Ariza. De su cercano amigo el ex-presidente Eduardo Santos al pintor Fernando Botero, a quien dedicó uno de los primeros libros que reconocen la vigencia universal de su talento. Una vasta galería de espejos donde en realidad terminamos por vernos a nosotros mismos.

Y cruzándose con ella, vivificándola en exigente contrapunto, enriqueciéndola con otras miradas, una también dilatada secuencia americana que agrupa a los mejores: de José Carlos Mariátegui a Alejo Carpentier, de Joaquín García Mon a Pablo Neruda, para seguir sólo el índice de una de sus últimas recopilaciones: *América nació entre libros*, 2 volúmenes (Bogotá, Presidencia de la República, 1996). Dichos nombres son algo más que un nombre: una obra que vale la pena conocer. Figuras sin las cuales América no hubiese logrado intuir su definición.

La vida ha mejorado para todos de forma sensible, pero la incomprensible violencia de las guerras civiles del siglo pasado a la guerrilla y el narcotráfico que cierran en forma agorera este siglo, son el saldo negativo que vuelve irrisorio nuestro proyecto como nación. Como lo dice Alfredo Molano: «57% de los colombianos están considerados con los estándares internacionales como muy pobres».

A la violencia proveniente de dicha desigualdad, Arciniegas ha opuesto el poder convocante de una cultura laica, donde la columna de periódico o la cátedra universitaria, en definitiva: su tarea como escritor, propugnan por un espacio democrático, de justicia social y convivencia cultural. Así fundó el Museo Nacional y el Museo Colonial, en Bogotá, y rubricó el decreto que creaba el Instituto Caro y Cuervo. Así puede verse en la amplia selección de su obra que con el título de *América Ladina* editó el Fondo de Cultura Económica de México en 1993. Al compilarla advertí cómo de Tupac Amarú a nuestros días, Arciniegas había adquirido una perspectiva decantada de nuestra evolución histórica, donde además de trabajar a largo plazo rompió esquemas, da al arte y la literatura el lugar destacado que merecen y se aleja de la asfixia centralista y de la tatutología estéril del nacionalismo para mirar hacia otras tierras y fortalecerse en tal confrontación.

De allí ha extraído profundas verdades elementales que defiende con insospechado ardor: el valor de la democracia, la necesidad de instituciones republicanas, la defensa irrestricta de la libertad de expresión. Y el apoyo, como es el caso de esta donación, de aquellas empresas culturales que preservan y transmiten, por más de una generación, el legado individual.

Su afán comunicativo y su vocación de servicio se ha convertido así en un logro perdurable, más allá de la fugaz coyuntura diaria, tan letal en contra del periodismo como de la rutina soporífera de la cátedra. Sus libros van más allá de ese origen y se reeditan sin pausa. Aún podemos recorrer esos salones de los museos que fundó del mismo modo que aún podemos pasear por las páginas de esos libros que escribió. Siempre hay algo interesante que aprender. También hay todavía mucho que rescatar de las páginas de las revistas que fundó y dirigió: *La voz de la Juventud* (1919-1920), *Universidad* (1921-22/1927-1929), *Revista de las Indias* (1939-1944), *Revista de América* (1945-1957), *Cuadernos*, París (1963-1965) y *Correo de los Andes* (1979-1989).

Todo ello fue reconocido en su momento por María Zambrano y Alberto Zum Felde, Baldomero Sanín Cano y Hernando Téllez. Su tarea fue aportar a la construcción de nuestra América una dimensión hasta entonces menospreciada. Una historia verdadera, al decir de Bernal Díaz del Castillo, que complementara y en tantos casos rectificara la historia oficial.

Partió así de las bases de las mujeres y de los comuneros anteriores a la independencia, y dedicó a ambos libros pioneros. Trató así de establecer las raíces de una historia cotidiana, una historia vulgar, vista desde abajo, que asumiera al pueblo como fuente y que no se limitara sólo a Colombia y se redujera exclusivamente a la letra impresa. El hombrecito, el Don Nadie, se asoma por primera vez y son tanto los campesinos como los estudiantes los nuevos héroes. Además, con precoz conciencia ecológica hizo que los gatos como los gansos hallaran franciscana hospitalidad en sus rectángulos tipográficos.

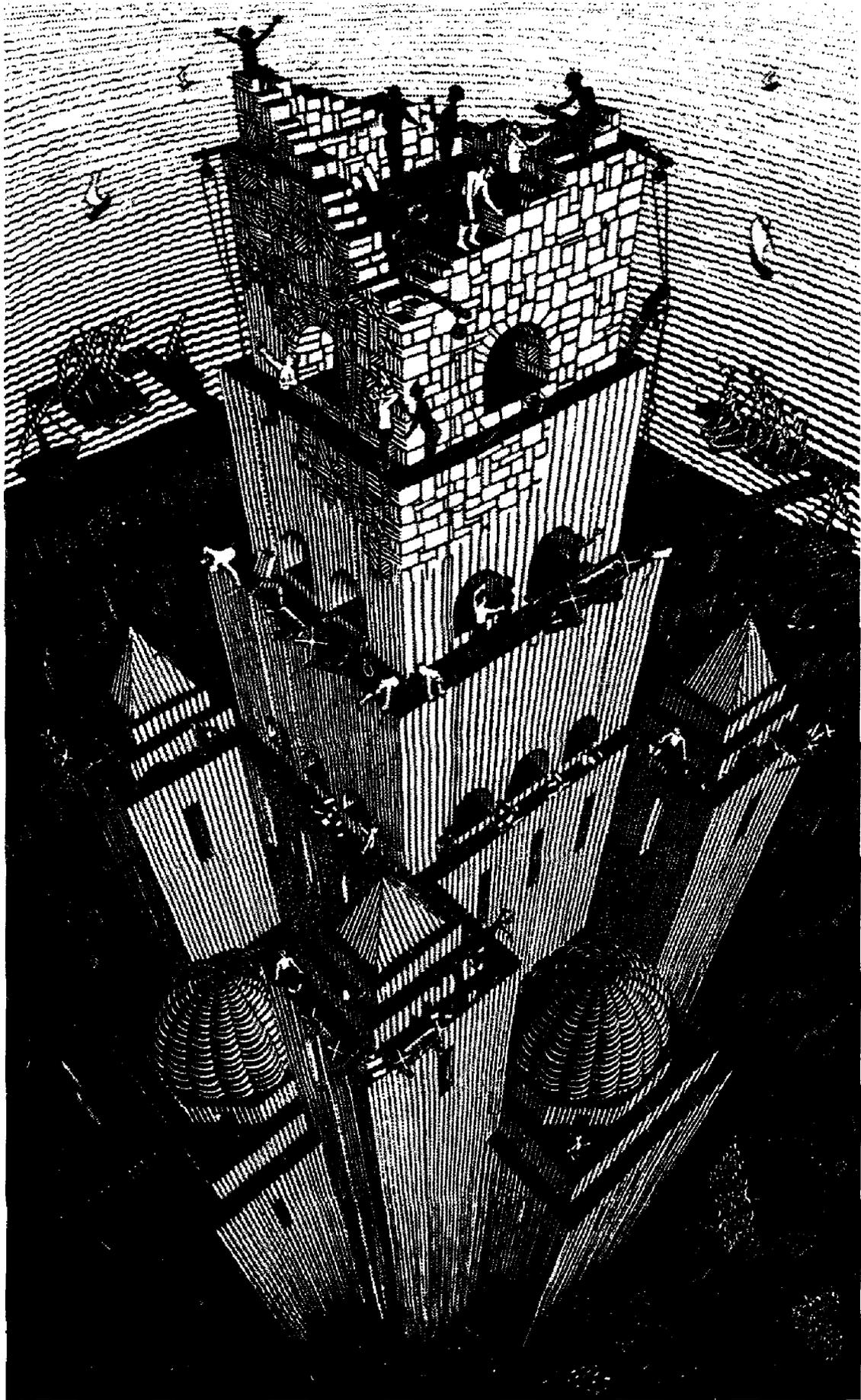
Debemos pensar entonces que libros como *El estudiante de la mesa redonda* (1932), *Los comuneros* (1938), *Biografía del Caribe* (1945), *Entre la libertad y el miedo* (1952), *América Mágica, las mujeres y las horas* (1961), *El continente de los siete colores. Historia de la cultura en América Latina* (1965), *América en Europa* (1975), *El revés de la historia* (1980) y *Bolívar y la revolución* (1984) constituyen un impresionante conjunto. Aquel que en esta donación, la más importante que la Biblioteca Nacional ha recibido en su historia, sirve como respaldo bibliográfico. Ella se une de

modo natural con los 7.000 volúmenes de Rufino José Cuervo y los fondos de José María Vergara y Vergara y el ya mencionado de Jorge Isaacs en la continuidad estable que garantiza la solidez cultural, más allá de la peripetia individual y los cambios políticos.

Lo que va quedando es una obra, sin restricciones. La obra de Germán Arciniegas, el historiador, cronista, periodista, que piensa sobre nuestras gentes y las lleva a ser más seguras y libres sobre sí mismas gracias al asombro con que mira las cosas y al toque poético con que siempre las enriquece, haciéndolas cada día más humanas y más americanas. Más nuestras y más de todos.



*Mundos de estrellas*



Escher: *La torre de Babel*, Xilgrabado, 1928